

Medio siglo de docencia universitaria

ALEJANDRO COVARRUBIAS ZAGAL

1. Medio siglo de docencia creadora en el nivel universitario es un acontecimiento que celebramos casi en silencio, pero con la infinita emoción de quienes son capaces de comprender y de sentir cuánto hay de grandeza, de plenitud humana y aún de heroico en estos cincuenta años de vida universitaria del profesor Roberto Munizaga Aguirre, hijo ilustre de estas tierras.

Hablamos de docencia como un proceso en que los contenidos de la vida personal del maestro se enlazan con los contenidos de la vida personal de los jóvenes en el marco ideal del reino de los valores. En un proceso conjunto, maestro y discípulos van reconstruyendo su experiencia humana y ganando mejores niveles en la calidad de la vida, incorporando valores a la estructura de la personalidad que al proyectarse en la vida concreta se muestran como esas bellas realidades que se llaman sabiduría, objetividad, conciencia esclarecida, voluntad intrépida.

Esta es la docencia que recibe hoy los laureles de la gratitud, del reconocimiento y del aplauso para el profesor Munizaga, de parte de nuestra comunidad universitaria, de La Serena, en cuyo nombre tengo el alto honor de hablar.

La docencia que estamos destacando no corresponde a lo que hoy llaman “Tecnología Educativa”, que algunos pretenden ubicar en las “fronteras del conocimiento pedagógico”, olvidando que toda tecnología es por definición un saber subalterno y que sólo la ciencia, la filosofía y el arte constituyen las fuerzas creadoras de mundos y reinos culturales nuevos.

2. Tuvimos el privilegio de conocer al profesor Roberto Munizaga Aguirre en el viejo Instituto Pedagógico, que dirigía, a la sazón, Carlos Vicuña Fuentes, uno de los más altos espíritus nacidos en Chile. La simple enumeración del profesorado de entonces nos ahorra todo comentario relativo al verdadero nivel de excelencia a que había llegado nuestro Instituto que, además, sabía asegurar su futuro colocando junto a cada académico consagrado a un joven profesor seleccionado rigurosamente por méritos reales.

En Filosofía, Pedro León Loyola y Roberto Munizaga; en Psicología, Luis Tirapegui y Abelardo Iturriaga; el equipo de Pedagogía: Darío Salas, Irma Salas, los profesores alemanes Peter Petersen y Woldemar Voigt, etc. Otro tanto ocurría en las especialidades de carácter científico y humanista. Fue éste el Instituto Pedagógico que mereció los más altos elogios del profesor Petersen y que llevó el prestigio de la educación chilena a todos los ámbitos del continente americano.

En la Escuela Normal Superior “José Abelardo Núñez”, el profesor Munizaga se integró a otra pléyade de catedráticos y maestros ejemplares: Samuel Zenteno Araya, Luis Oyarzún Peña, Santiago Tejías, Daniel Navea, Humberto Vivanco, Moisés Mussa, Luis Gómez Catalán, Domingo Valenzuela, y tantos educadores meritorios que en la vieja Escuela Normal de Sarmiento lograron establecer un pensamiento claro, con valor de fundamento, en torno a la educación primaria y la enseñanza normal.

Este es el entorno pedagógico en que comenzó su obra eminente el profesor Munizaga.

3. En el ámbito nacional (1930) se vivía una etapa de cambio y renovación. Los maestros, escritores, médicos, abogados, etc., recorrían el país haciendo labor de perfeccionamiento con el Magisterio, movilizado profundamente por la

Reforma del año 28. Había conciencia de que nuestro proceso espiritual del siglo XIX no fue del todo orgánico y de que nuestra admiración por los modelos europeos nos condujo a un tipo de inteligencia receptiva, carente de un verdadero impulso creador.

Francisco Antonio Encina describe el fenómeno con la elocuencia que siempre acompaña a las exageraciones: "Nuestra educación, decía Encina, es un vestido de seda de color rosa pálido, cortado sobre el talle fino y esbelto de una modelo de París, llevado por una araucana recia, retaca, ventruda y desgredada".

La Asamblea Pedagógica del año 1926 había declarado en términos muy precisos: "No debemos copiar lo que se ensaya en Europa o en Estados Unidos, sino que usar nuestra propia fuerza creadora, ahondar en la fuente de nuestra raza, auscultar el corazón de esta agitada hora presente. Sólo así seremos dignos de que se haya confiado a nosotros la preparación de la juventud, alba y esperanza del mañana". El mismo Encina descubre que el "espíritu de nacionalidad" es un factor importante en el crecimiento económico del país.

El Presidente Ibáñez procura llevar adelante la transformación integral del Sistema Educativo por medio del Decreto 7.500 y el Reglamento General de Educación Secundaria, del año 1928, de gran valor como un esfuerzo de reflexión global sobre el Sistema, pero la bella utopía cayó aniquilada antes de un año.

Estamos ciertos de que el profesor Munizaga fue uno de los pocos, acaso el único, que comprendió el fenómeno en profundidad. Se trataba de una crisis de fundamentos y principios. Era necesario redescubrir el pensamiento nacional en materia de educación; pero el principio de nacionalidad bien entendido no se opone a la consideración de ideas y principios que viniendo del exterior deben ponerse a prueba frente a nuestra realidad concreta, y si son capaces de crear nuevos ideales, nuevas técnicas, nuevas esperanzas, la adaptación creadora ha tenido lugar y ese pensamiento externo ha sido asimilado y adaptado a nuestra idiosincrasia nacional. Así empezó, hace 50 años, la tarea histórica cumplida por el profesor Munizaga y que consistió en la primera gran síntesis del pensamiento

pedagógico nacional; pero más que síntesis se trata de una magnífica y bella construcción; semejante a las grandes catedrales en que cada ladrillo tiene sentido y clara función; y donde la estructura reconoce como eje las columnas necesarias que representan los fundamentos del espíritu humano aplicados a una realidad concreta y entrañable que es Chile.

Por eso, en estos tiempos en que nuestro Sistema Educativo soporta tan duros y violentos ataques, quisiéramos recomendar vivamente el estudio detenido del pensamiento integral del profesor Munizaga y, en el futuro, ya no será posible pensar seriamente el devenir educacional chileno, sin el apoyo de esta gran elaboración espiritual que es la obra de Munizaga.

4. Su itinerario de investigación comienza en una vertiente inagotable que es Valentín Letelier, el “gran luchador por la cultura, el filósofo y el maestro”.

En esta cascada del pensamiento superior, Munizaga va tomando las ideas esenciales en el orden que conviene al investigador

“No puede abordarse con fruto, dice, uno solo de los aspectos del problema educacional si no se le examina en función de una doctrina coherente respecto del hombre y del universo, es decir, una filosofía”. Y agrega: “La única actitud decente es pensar la vida o, lo que es lo mismo, superar el detalle empírico en que los hechos se desparraman, mediante la coherencia de una doctrina. Hay que perder el miedo a ver realmente las cosas; porque las cosas no se ven, cuando se las considera desencuadradas, sueltas, sin conexión con las demás, y sólo adquieren su sentido cuando se las ubica en un plano general de referencias”.

La cosecha de Munizaga va creciendo, unida a la propia reflexión, porque no es una investigación a base de sometimiento, sino una búsqueda con sentido de futuro.

Descubre la primera piedra del edificio cuando Letelier afirma que “la educación es una función social y que el Estado no tiene sólo la misión de atender la conservación del orden material, sino la de atender el desenvolvimiento del orden eterno o moral”.

Luego encuentra los fundamentos humanistas que Valentín Letelier establece para la educación general y comenta que es obligación de todo maestro chileno “defender la esencia humana en el niño y en el joven, tanto tiempo como las necesidades de la vida lo permitan”.

Avanza más allá del pensamiento de Letelier, haciendo un recuento de la evolución del humanismo: primero, “el núcleo literario de las humanidades clásicas del Renacimiento”; después, “la incorporación del sistema de las ciencias”; y por último, “la anexión de las actividades con sentido económico”. Estas son las “humanidades integrales” en que todos los aspectos de la vida están adecuadamente fundidos para cooperar a la realización completa del hombre.

La ciencia es también “humanidad”, afirma, bello y útil producto de humanismo. Tanto vale una sentencia de Sócrates como los descubrimientos de Pasteur, dice, y concluye: “Tenemos que enseñar mucha ciencia para recuperar el tiempo perdido. Mucha filosofía, especialmente ética, para conducir por buen camino el uso de la ciencia. Y mucha poesía y arte ejercitado para mostrar cómo es que se disfruta de la belleza del mundo, de su conocimiento, de su ciencia y de su ética”.

En suma, no hay cultura en ninguna época sin una formación integral del hombre en ciencias y humanidades; y en cuanto a la experiencia moral, Munizaga nos invita a confesar la propia fe, tomando conciencia de ella, colocándose valerosamente frente a su creencia, para ahondarla, que en su propio fondo se encontrará, tal vez, la única raíz común, que puede atenuar las divergencias entre los hombres.

Y en torno a la Patria nos dice: “Están perdidos los pueblos que carecen de una virilidad cultural o potencia de nacionalización suficientes para acuñar con su pensamiento y sensibilidad comunes a sus nuevas sustancias humanas. La educación está destinada a formar esta mentalidad colectiva, o crear esta alma común y las escuelas son, por lo tanto, herramientas para una construcción de la nacionalidad”.

5. Su penetración en el espíritu de la educación primaria nacional está vinculada a su labor docente en la Escuela Normal Superior “José Abelardo Núñez”, como catedrático de

Filosofía, como Director del Departamento de Sociología Educacional, a su participación en innumerables misiones pedagógicas a lo largo de las Escuelas Normales de Chile, trabajando arduamente con maestros de todas las regiones y empapándose de sus ideales, de sus esperanzas y de su gran espíritu de perfeccionamiento al servicio del mejoramiento social. Alguna vez, cuando se escriba la historia de la Enseñanza Normal de Chile, el país tomará conciencia de cuánto debe a estas instituciones beneméritas de la cultura nacional y a lo que fue la Centenaria Universidad del Magisterio Primario Chileno, la Escuela Normal Superior "José Abelardo Núñez", reconocida en su brillo espiritual en todo el continente latinoamericano.

El desaparecimiento de la Escuela Normal Superior "José Abelardo Núñez", mucho tiene que ver con esa sensación de orfandad en que se mueve nuestra educación primaria.

El profesor Munizaga sabía que Sarmiento estaba en la raíz misma de la enseñanza normal chilena y se abocó a la investigación de la polimorfa personalidad del gran argentino, Director de la primera Escuela Normal de Preceptores de Santiago de Chile y de América Latina, en 1842.

No hace falta que recordemos aquí la célebre confrontación entre Bello y Sarmiento, como dos direcciones opuestas para entender los problemas de nuestra cultura, porque a fin de cuentas, más que direcciones opuestas, son claramente complementarias. Fue Sarmiento el admirable irreverente cuando escribía para los maestros y para los jóvenes estas palabras que siguen teniendo vigencia: "Cambiad de estudios, y en lugar de ocuparos de las formas, de la pureza de las palabras, de lo redondeado de las frases, de lo que dijo Cervantes o Fray Luis de León, adquirid ideas, de donde quiera que vengan, nutrid vuestro pensamiento con las manifestaciones del pensamiento de los grandes luminaires de la época; y cuando sintáis que vuestro pensamiento a la vez se despierta, echad miradas observadoras sobre nuestra Patria, sobre el pueblo, las costumbres, las instituciones, las necesidades actuales, y enseguida escribid con amor, con corazón, lo que se os alcance, lo que se os antoje, que eso será bueno en el fondo, agradará al lector aunque rabie Garcilaso".

Frente al humanismo literario de Bello, Sarmiento representa, según Munizaga, la intuición de otro tipo de humanismo al cual se está abriendo recién el espíritu moderno, como un sistema de conocimiento cuyo volumen y naturaleza se hallan determinados por el grado en que ellos nos permiten una comprensión efectiva de la vida social, de la vida de nuestro país y de la existencia actual del mundo. Y agrega: "Cultura no es ornamento, no es lujo del espíritu: cultura es una herramienta para la acción".

Sarmiento debe haber intuido, afirma, muy vivamente que estos países de América, colocados frente a una realidad nueva, necesitan una formación a través de las cosas antes que de las palabras. Es característica su desconfianza hacia el culto de una erudición que mata la visión directa de las cosas, su actitud desenfadada frente a los primeros doctores que pululaban en nuestra América.

Este es el espíritu que animó e iluminó la obra histórica de la enseñanza normal chilena, admirada en América, y el profesor Munizaga enriqueció el acervo espiritual de la formación docente, en todos sus niveles, con esa obra insuperable que se llama "Principios de Educación", que logró por sí sola elevar la condición profesional del Magisterio de Chile a un nivel de excelencia ampliamente reconocido en el plano internacional.

No se detiene en el estudio, y su interés profundo en la educación primaria, característica común a los grandes de la educación chilena, lo lleva a definir este primer nivel del Sistema en el marco de su proceso histórico. En efecto, analiza la idea tradicional de educación primaria, que consiste en "informar sobre lo indispensable y en adiestrar para las necesidades inmediatas de una existencia inferior". Pero de acuerdo con el creciente dominio de las ideas democráticas, surge la moderna idea de educación primaria que significa la "conciencia de que los hijos del pueblo no son meramente brazos que deben ser adiestrados para una faena manual, sino también cabezas que deben ser cultivadas y corazones que se deben fortalecer, es decir, hombres".

6. En educación secundaria hace la defensa del Liceo de "puertas abiertas" para toda la juventud chilena. Propiciamos, dice, "la creación de una nueva escuela secundaria chilena,

con una personalidad propia frente a los demás géneros de enseñanza, segura de sí misma, especialmente, frente a la técnica-profesional que, abierta sin distinción a la masa de adolescentes, conduzca, distribuya y seleccione para construir una República dirigida por la virtud y la inteligencia —por una nueva inteligencia, formada dentro de las humanidades nuevas”.

7. En el nivel de la educación superior, asociado al doctor Yolando Pino, realiza un análisis de la crisis universitaria (1933). Revisa, primero, la situación de la enseñanza superior en Francia, Alemania, Estados Unidos, Argentina, etc., y la situación chilena es investigada, como siempre, a partir del pensamiento nacional y del más reciente avance teórico en el plano mundial. Sus reflexiones y análisis, que son del año 1933, tienen, no obstante, una máxima fuerza de actualidad. Trataremos de resumir algunas de sus conclusiones.

La transmisión de la cultura, dice Munizaga, reaparece como una de las funciones básicas de la Universidad. Acepta la honda definición de cultura que da J. Dewey: “La capacidad para extender constantemente en amplitud y exactitud nuestra propia percepción de los significados”. Y en este sentido recomienda que “en el plan de estudio de nuestras escuelas universitarias, al lado de las asignaturas de orden estrictamente técnico, debieran establecerse también, con el mismo carácter de obligatoriedad, algunas disciplinas de cultura que aspiren a desempeñar la función de superar la simple rutina de las profesiones”. Se trata de “abrir al joven las anchas perspectivas de la sociedad y el mundo, tomando como punto de arranque la propia actividad profesional”.

En una segunda reflexión reconoce que la formación de buenos profesionales tiene que ser una de las funciones básicas de nuestra Universidad. Pero rechaza vivamente el concepto estrechamente económico de la profesión y, en cambio, lo reemplaza por la idea de que la profesión puede “constituir un fin en sí misma, en cuanto ella es el instrumento más eficaz para la realización completa de nuestra personalidad”.

Una tercera observación consiste en la necesidad del cultivo de la ciencia en el nivel universitario. La originalidad de Munizaga consiste en manifestar que nuestras ambiciones al respecto pueden ser muy modestas: la búsqueda, dice, ha de

estar orientada hacia la minuciosa comprensión de nuestro medio ambiente físico, biológico, psicológico y social. La ciencia, afirma, es para nosotros hoy día no un lujo superior sino una necesidad vital si queremos dirigirnos con una orientación verdaderamente propia. Propone al respecto tres etapas:

a) Asimilación del patrimonio acumulado en las distintas esferas del conocimiento por los pueblos que marchan a la cabeza de la investigación científica;

b) Reelaboración, en forma personal, de cuanto se ha pensado y escrito; y

c) La investigación científica propiamente dicha.

Y su última reflexión se refiere a la relación de la Universidad con la vida nacional.

La Universidad, afirma, puede ser el órgano más amplio para una tentativa de orientar la espiritualidad nacional, la lámpara que señale el camino, desde un punto de vista cultural, profesional, científico; y reitera las palabras de Valentín Letelier: "Los pueblos y los hombres pagan el amor con el amor, la indiferencia con la indiferencia; y no tendrían por qué rodear de prestigio y afecto a una institución que, ignorante de sus propios fines, no ha hecho nunca nada para guiar el espíritu público ni ha prestado jamás su concurso activo para resolver los grandes problemas que han preocupado al intelecto nacional".

8. Vano intento sería tratar de abarcar toda la vida creadora del profesor Munizaga: defensor y propulsor del kindergarten; participación decisiva en la creación del Conservatorio de Música de La Serena; asesor de la Superintendencia de Educación; Consejero Universitario permanente; Director fundador del Instituto de Sociología del Instituto Pedagógico; Secretario General del Programa de Integración de las Universidades del Cono Sur, en América Latina; fundador del Instituto Pedagógico de Venezuela; catedrático del Centro Universitario de la UNESCO para la formación de dirigentes de la educación en el continente; único representante de América

Latina en el Proyecto Principal N° 2 de la UNESCO, para la comprensión de Oriente y Occidente; catedrático participante en Francia y en Estados Unidos, etc.

Tratemos, ahora, de encontrar el significado de esta noble vida dirigida en todo instante por fines superiores. Recordemos, al respecto, al filósofo inglés que enseñaba que “nuestra existencia en este mundo es una tarea; que esta tarea no consiste substancialmente en conocer, sino en conducirse; y que en la medida en que la conducta exige conocimiento, ésta es una tarea inevitable”.

La magnitud y coherencia de la labor cumplida sólo puede ser posible en un ser humano excepcional, cuyas características espirituales, ahora, después del recuento muy general de la obra realizada, nos atrevemos a señalar como clarísimas metas para nuestra juventud académica y estudiantil.

Personalidad de claros principios que funcionan siempre como órganos insobornables del espíritu; no obstante, capacidad para reconocer la naturaleza variable de la experiencia humana que obliga a procesos de adaptación con plenitud de sentido. Sometimiento riguroso y sacrificado a las estrictas disciplinas del trabajo intelectual. Docencia creadora; adhesión inquebrantable a la juventud y a los ideales del Magisterio Nacional; patriota en todo instante, conciencia esclarecida al servicio de Chile y de América.

La Serena, junio de 1978.